

Renato Cisneros

El laberinto de las espadas

Mi padre no fue herrero, pero fue mi padre
por eso me sentó en sus rodillas y dijo
si quieres ser feliz no seas herrero.
Y murió como mueren las viñas en invierno.

EDUARDO CHIRINOS
(Canciones del herrero del Arca)

ENTIERROS

1

Todavía corre entre mis días
el quebrado eco de la salva.

Tu nombre desnudo nos aclama desde la hierba,
gira bajo el antiguo silencio de la música.

Y tus ojos dormidos navegan, sin edad,
en el oscuro arroyo que surca mi oído.

Nuestras manos persiguen altísimas figuras
y en su torpe deseo de juntarse
palpan la negra escritura de tu muerte.

Nada. Nadie. Llamándonos desde la tierra,
desde el fondo de nuestra propia turbación.

Una amenazada y tristísima memoria
nos encuentra.

Y el miedo crece sigiloso
entre toda la hierba derrumbada.

Sombra sin cuerpo ni lámpara.
Deslizas tu aliento frente a mis ojos
para luego perderte entre las hormigas y los tréboles.

Fantasma sin boca. Viejo Ángel.

El frío de las horas ha roto la punta de mi casa
y veo tu resplandor tatuado en el espejo:
antiguo registro de tu paso.

Se ha rajado algún canto.
Tus imágenes rechinan contra el muro quebrado.

Sé que aguardas por mí
asomándote bajo nubes transparentes.
Y creces y naufragas
en la memoria nebulosa de mi espalda.

Tus entierros
fueron ceremonias que viví y todavía lloro.

Sombra sin cuerpo. Viejo Ángel.

Espero por ti
en la puerta de la casa. Adolorido.

Eras soldado
y en tus ojos la vida parpadeaba
con sellos imborrables.

Las murallas de tu cuerpo
nada otorgaron al paso escondido de los años
a pesar de que tus viejos pulmones
eran guarida cierta de la noche.

Mil veces la muerte quiso
dejar tu corazón bajo la herrumbre

Y mil veces tus ráfagas brillaron,
como plumas de verano, por salvarte.

Eras soldado y pulías mi rostro entre
silenciosas llamas de aire y ningún secreto.

Eras soldado y, con largueza, bajabas de tu pecho al mío
para decirme que las cosas
no son como las pintan.

Por eso ahora no encuentro verdad
en el consuelo de los hombres.
Y tiemblo al oír responsos que no te pertenecen ni te alcanzan.

Nada es cierto bajo estos rituales
que me hallan vestido de una negra quietud.

Eras soldado.
Y tus signos se asilan todavía
en el fondo de mi mano.

BALADA DE LOS OCÉANOS

Una paloma cae en mi hombro vacío.

Grumos de espuma me rodean,
tiemblan y respiran en las aguas solitarias de este mar.

Pequeños esqueletos se enredan en mis pies.
Y venerables grullas precipitan su sombra a lo largo de la orilla.

Ni '*tristeza*' ni '*olvido*' son nombres apropiados para este mar,
que ahora retorna hacia su propio centro.

Alguna noche te vi nadando.
Alargándote en las aguas
como una balada azul sobre los bares más ocultos.

Pero hoy todo reflejo antiguo
es alimento vivo de las piedras.

(Ruedan las olas bajo el vaho del horizonte
y las cornejas se balancean hacia ningún lugar).

Aquí he de verte otra vez.
Venciendo las aguas picadas.
Alejándote dulcemente en la marea.

BREVIARIO

Enterrar el corazón en una playa
es un acto de esperanza.

Borrosas y desfiguradas escenas
tocan nuestro oído
hasta revelarnos horas amadísimas.

–Memoria atrapada
en las ondas de un silencio que regresa–

Hacia nada nos acercan los actos de esperanza
sino a una absoluta soledad.

Nuestra lengua punza el aire, desconfiada.
Nuestra lengua: vieja máquina donde se mece la palabra.

A menudo encontramos huesecillos en la playa:
altas huellas de la sangre destejida del corazón.

Enterrar el corazón es un acto de esperanza.

Olvidado.

CÍRCULO DE LOS DESEOS

No hay principio ni final
en las cosas del futuro.

Todavía recordamos tus amables proyectos y tus planes.
Todavía nos vamos de *pic nic* y arrojamos migas en el pasto.

El sol derrama su letargo
su agria luz en la hoguera de los almanaques
ahí donde crecen los cuerpos herrumbrados por el tiempo.

Qué difícil distinguir 'pasado' de 'futuro' cuando nuestros
instantes se consumen como un gran bosque de ceniza.

No hay principio ni final.

Muerto amado
tus planes y deseos arden entre geranios.

Cómo olvidarlos.

Aunque algunos llegaron a esfumarse
la mañana espesa
en que tu cuerpo se apagó.

FIGURAS EN EL MURO

Fue menester disponerlo todo
para el día principal.

Jinete.
¿Adónde llevaste tus licores y tus cantos?

Qué extraños son los días sin tu boca quemándose.
Sin tus voces limpias contra el vidrio ajado.

Joven eras entre los caballos.
Regabas la tierra con tabaco hasta dañar tu propio aire
y convertirlo en un viento perecible y amarillo.

Silbando, cruzabas las colinas de la casa.
Y tu peso fatigado se alojaba en el brillo de los patios
o al pie de las vitrinas.

El día principal
fue aquel en que dejaste todo.

Te marchaste jinete
sin tu corazón y sin tus botas.

Ahora deambulas entre sacos de arroz.
Y te adivinamos en puntas de pie,
más allá de los muros y los arcos rojos.

GRITOS DE NADIE

Lanzo un beso en el vacío, que es tu recinto.

Abro de par en par las azoteas
y ya no cae la espuma de tus alas ni el humo de tus pies.

¿En qué rincón de la casa abandonas tus signos?
¿En qué bisagra tu silencio?

La muerte te hizo sabio.

Ahora conoces la verdad
y todo te parece mensurable.

Manifiéstate.

Dinos si '*luz*' y '*oscuridad*'
grafican y contrastan el día con la noche
la vida con la muerte.

Sabio y lejano, pasas.

Y tus viejas medallas suenan
en el fondo de mi espalda.

TESTIMONIO DE UNA VIUDA

Envejezco en esta solitaria habitación.

No ordeno mi cabello
ni doblo las frazadas.

Una multitud de recuerdos
arrecia contra mí, contra mis días.

He vendido tus armas y tus trajes
pero guardo con amor
el primero de tus bronceados galones.

Tu foto sangra.

Sólo yo supe de tus agonías.
De la pena y el miedo que a lo largo de meses
infectaron tu cuerpo.

Sólo yo vi la muerte cerrando tus ojos.
Y besé tus labios fríos por última vez.

Ahora nadie sopla contra las aguas
que inundan la casa.

A veces afilo unos cuchillos, recolecto flores, compro un cuadro.

Pero te extraño y ardo en soledad
o en algo parecido a lo que tú llamabas ausencia.

Envejezco.

La amargura se ha posado para siempre
en nuestro espejo.

ORFANDAD DE LA NOCHE

Habitas mi vigilia
desollado ambulante de las horas.

Entre tu muerte y mi vida
crece el difícil laberinto de las espadas.

Padre. Enumero tus viajes hacia el centro de mi cuarto
hacia el último nivel de mi memoria
donde sólo hay fuegos opacos y silencio.

Tu sable es una espiga bajo las luces.

Padre. Como un gallo, escoltas
el sueño de la luna en el follaje revuelto.

Entre mi vida y tu muerte
no hay horas ni fechas ni años.

Vives en el umbral de todas las esquinas.
En la línea crepitante que separa lo cierto de lo incierto
lo perdido de lo hallado.

Desde la cornisa
rompes la oxidada gravedad de mi cuerpo

Y atraviesas la vigilia
como un campo de huesos
para derramar sobre mi boca tus palabras.

BELLEZA DE LOS VUELOS

El pájaro que eres
aterriza sobre un campo de ojos invisibles.

Luminoso y lento
como las masas del mar.

No te vemos. Y con el tiempo
disminuyen las preguntas implacables o los llantos.

Extraña es la verdad que descifra la muerte.

El entusiasmo es un impulso que hemos vuelto a dominar
pero aún hay alegrías
que antes fueron nuestras y ahora ignoramos.

El pájaro que eres
remonta la neblina y bebe el aire azul.

La quietud suplanta, con los años, al horror.
Ahora lo sabemos y caminamos entre las enredaderas
entre círculos rebosantes de amor y desamor.

La noche, lo dijiste, tiene puntas
que afinan todo rastro de belleza.

La noche, lo dijiste siempre,
nos arrebató un poco de pudor y de melancolía.

Cuánto hemos aprendido.

El pájaro que eres despega a cada instante
y deja un ala en nuestro alto corazón.

PASAJE DEL JARDÍN

*No la mujer que crece en tu ojo
sino la que se recuesta en tus vísceras.*

*No la belleza de los cuerpos
sino la distancia entre la boca y el último dolor.*

Así me enseñabas, sobre esas avenidas
que hoy sólo son pasto de inútiles madejas.

¿Cómo saber ahora si aplico correctamente tu enseñanza?
Si respeto, rompo o elijo como tú.

Caminando entre las palmeras
me mostraste cómo resolver el circuito de la vida,
cómo desmenuzar los abismos del cuerpo.

*No la salvación del mundo
sino la defensa de la casa.*

*No el rostro cubierto por barrotes de hielo
sino el pellejo arrimado hasta los brazos inmóviles.*

¿Cómo saber si tu enseñanza
se esconde bajo mi propio fondo?

La noche enciende sus nubes negras.

Y me sorprende enredado
en la doblada luz de las palmeras.

CONTRA LA CEREMONIA DE LOS MUERTOS

No eres tú el que habita este seco refugio
ni el que yace intacto bajo los duros mármoles.

Inútil rebuscar entre los muertos.

Unos claveles perfuman tu morada de huesos
pero el polvo de tus dedos se ha guardado
bien lejos de estos campos.

Reino tuyo son mi boca
y la boca de todos mis hermanos.

Morada tuya, los ojos de mi madre.

Qué absurdo señalar estos prados que sólo
cobijan una ruma de cenizas y ningún memorial.

No eres tú del que me habla esta arrugada lápida, este arenal.

Si he de hallarte será en la punta de mi almohada
o en el calor de las alfombras, pero no aquí
bajo una amarilla columna de vértebras.

No eres tú el que habita este refugio
ni es a ti a quien nombran estas preces.

Porque existes en el centro de mi sangre
y en la sangre revuelta
del ojo de Dios.

BOLERO DE MEDIANOCHE

Te hablo desde el brillo de todas las praderas.
Desde el remusgo y la tristeza de tu última noche.

Cuando tu respiración fluía en los niveles de algún hospital.
Y todo conocimiento era absurdo
y carecía de limpieza bajo el fuego de los corredores.

Algo como la culpa me vigila desde el ojo ovalado de los edificios.
Me retira más allá de las crestas donde todos cantan.

Te hablo desde el fondo de los frutos que sobrevivieron a tu boca
y en nombre de los hijos
que no pudiste conocer ni supiste nombrar.

Recuerdo aquella habitación:
Lámparas de suero / mesas de aserrín.

Mis rezos son un poco de escarcha que ningún
viento esparce, una oleada de tristes augurios.

Oscurece en la pradera y hace frío.
Un frío redondo, líquido, similar al de tu última noche.

Recuerdo tu última noche:

Me miraste (ya sin ojos) y un golpe anunció desde tu pecho
el momento justo de irnos a dormir.

HERENCIAS

Quiero probarme tus zapatillas de ballet.
Usar raya al costado
Y hacer un tajo en mi frente
con el cuchillo de acero que casi amputa tu mano.

Autoriza que sea yo
quien silbe el tango fanfarrón de los domingos.
Quien reparta las piezas de ajedrez
y fume los habanos que escondías en el closet.

No me dejes tus revólveres ni tus trofeos de esgrima.
Tampoco las biografías de los hombres que admiraste.

Herédame el álbum de fotos, el baúl de cartas,
el diario en que escribiste esas candorosas cuartetas
que mamá repite encerrada en el baño.

Si me dieran a escoger, jamás escogería el uniforme que luciste
cuando todos te llamaron 'general' y que ahora se apolilla en un
museo.
Elegiría, más bien, la camisa de verano
que una mañana manchaste torpemente
con una gota de mostaza.

La herencia no es lo que dejaste, sino lo que yo he tomado de ti.

Quiero probarme tus zapatillas de ballet. Quiero usar raya al costado.

ÚLTIMA COMUNIÓN

El turbio pelaje de estos días me intimida, me asusta,
me hace reír como un árbol
que no sabe que se está desangrando.

Oh, fantasma,
tuviste que irte
para demostrar que de verdad estabas de mi lado
perseguido por las mismas aterradoras certidumbres
dispuesto a reventar por mí
como una ardilla en la autopista.